

**DIGITALIDAD, MÁQUINAS DE GUERRA Y APARATOS DE CAPTURA.
ENTRECRUCES ENTRE SABERES CIENTÍFICO-MILITARES Y TEÓRICO-
CRÍTICOS PARA UNA CARTOGRAFÍA DE LA INDISTINCIÓN
CONTEMPORÁNEA ENTRE LA GUERRA, LA POLÍTICA Y LA CULTURA**

**DIGITALITY, WAR MACHINES AND APPARATUS OF CAPTURE.
CROSSOVERS BETWEEN SCIENTIFICAL-MILITARY AND THEORETICAL-
CRITICAL KNOWLEDGE FOR A CARTOGRAPHY OF CONTEMPORARY
DISTINCTION BETWEEN WAR, POLITICS AND CULTURE**

Pedro Cerruti¹

RESUMEN

Nuestro horizonte de época evidencia una relación problemática entre la guerra, la política y la cultura, que se presenta bajo los rasgos de una indistinción o solapamiento. El presente ensayo se plantea un trabajo de discusión teórica a los fines de perfilar herramientas conceptuales para un abordaje crítico de dicho problema. A través de una perspectiva que se vincula con lo contemporáneo a través de una “inactualidad”, se propone un ejercicio intelectual que realiza un entrecruce entre saberes científico-militares y teórico-críticos producidos en las últimas décadas del siglo pasado y de gran relevancia en sus campos respectivos. Es el caso de aquellos generados por la RAND Corp., de la mano de John Arquilla y David Ronfeldt, en los cuales se forjaron nociones tales como las de “guerra en red”, “combate en enjambres” y “noopolítica”; y las propuestas de Gilles Deleuze y Félix Guattari plasmadas especialmente en el segundo volumen de su proyecto “Capitalismo y esquizofrenia”, *Mil Mesetas*, en el cual se introducen conceptos como los de “máquina de guerra” y “aparato de captura”. De acuerdo con los términos de estos últimos se busca, entonces, generar una reflexión que se ubique en el medio de dichos saberes, producir un agenciamiento que recorra las líneas que los conectan maquínicamente y explorar las maneras en las que pueden contribuir a una cartografía de nuestro presente.

Palabras clave: Guerra; Política; Cultura; Digitalidad

¹Doctor en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (UBA). Investigador Asistente, Concejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Investigador-Docente, Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG)/Facultad de Ciencias Sociales (FSOC), Universidad de Buenos Aires (UBA). Investigador, Centro de Estudios en Historia, Cultura y Memoria (CEHCM), Universidad Nacional de Quilmes (UNQ). Coordinador, Área Memoria, Cultura y Derechos Humanos, Carrera de Ciencias de la Comunicación, FSOC, UBA. Ex Becario doctoral (tipo I y II) y posdoctoral del CONICET. Argentina. E-mail: pcerruti@sociales.uba.ar

ABSTRACT

Our time demonstrates a problematic relationship between war, politics and culture, presented under the features of an indistinctness or overlap. This essay presents a theoretical discussion to outline conceptual tools for a critical approach to this problem. Through a perspective that relates to the contemporary through an "inactuality", an intellectual exercise is proposed that makes a crossover between scientific-military and theoretical-critical knowledge produced in the last decades of the last century and of great relevance in their respective fields. This is the case of those generated by the RAND Corp., at the hands of John Arquilla and David Ronfeldt, in which notions such as "netwar", "swarming" and "noopolitics" were forged; and the proposals of Gilles Deleuze and Félix Guattari embodied especially in the second volume of their project "Capitalism and schizophrenia", *A Thousand Plateaus*, in which concepts such as "war machine" and "apparatus of capture" are introduced. According to the terms of these latter, it is sought to generate a reflection that is located in the middle of those knowledges, to produce an assemblage that crosses the lines that connect them mechanically and to explore the ways in which they can contribute to a cartography of our present.

Key words: War; Politics; Culture; Digitality

Artigo recebido em: 21/06/2022

Artigo aprovado em: 04/11/2022

Artigo publicado em: 15/12/2022

INTRODUCCIÓN

Guerra híbrida, irregular, difusa, conflictos en zona gris, guerra política, psicológica, informática, jurídica, mediática y de redes sociales, periodismo de guerra, complejo militar-industrial-mediático, etc.; todos estos términos evidencian que nuestro presente cultural muestra una situación en la cual las relaciones, y distinciones, entre las esferas de la guerra, la política, el derecho y la cultura en general resultan, por lo menos, problemáticas. Todo ello sucede en paralelo al modo en el que las tecnologías de la información y la comunicación han acarreado una transformación digital de las sociedades por la cual los más diversos ámbitos de la vida se transforman

en espacios propicios para el desarrollo de técnicas de poder que combinan como nunca una capacidad totalizante por la vía de la recolección y análisis de datos a nivel masivo con posibilidades de intervención vez más individualizantes a través de la microsegmentación de sus objetivos.

El presente ensayo se plantea en el horizonte dichos problemas a partir de esa singular relación “intempestiva” con el propio tiempo, al decir de Friedrich Nietzsche (NIETZSCHE, 1997), que Giorgio Agamben (AGAMBEN, 2011) ha caracterizado con claridad como un desfasaje, un anacronismo o una no coincidencia por la cual una cierta “inactualidad” se vuelve la posibilidad de aferrar lo actual. De esa coincidencia entre la adhesión y la toma de distancia depende nuestra capacidad para ser contemporáneos a los problemas que atañen a nuestra indagación crítica. Ese es el sentido de volver sobre saberes producidos en la historia reciente de las racionalidades bélicas interrogándolos genealógicamente, en el sentido que Michel Foucault (FOUCAULT, 1992) le da al término, es decir, focalizando en la emergencia de singularidades y en su papel en la conformación de nuestro presente.

El mismo Agamben ha situado recientemente la complejidad de circunscribir la relación entre la guerra y las otras dimensiones de la vida social, relación que parece encaminarse cada vez a hacia una indistinción. De ahí, su reclamo de avanzar hacia una teoría, ya no de la guerra, tal y como usualmente es entendida, ya sea regular o irregular, jurídica y políticamente normalizada o difusa, sino en los términos de una “teoría de la guerra civil”, necesaria para entender el (des)orden global actual. Sabemos que su aporte reside en situar a la guerra civil, la *stasis*, como un umbral de indistinción entre el *oikos* y la *polis*, entre el ámbito impolítico de la familia y el propiamente político de la ciudad, y situar allí el campo donde se juega una dinámica tensada entre la despolitización y la politización.

Si bien el presente artículo no se propone indagar directamente en el pensamiento de Agamben, pude decirse que avanzar en la dirección por él señalada no es sino el propósito de releer conjuntamente textos que, en relación con los

problemas en cuestión, han constituido destacados esfuerzos por enfrentar crítica, e intempestivamente, su tiempo. Es el caso, en el presente ensayo, de *Mil Mesetas*, de Gilles Deleuze y Félix Guattari. La guerra constituye uno de los temas que lo atraviesan de principio a fin² y en torno al cual se estabiliza lo que llaman una meseta, es decir, se organiza un espacio en el cual las múltiples series intensivas que recorren el libro son puestas a vibrar unas en relación con otras. Aparece allí, por supuesto, como problema, y, en torno a él, se busca ahondar en su lectura, tomándolo como un libro que no conforma una totalidad orgánica que encuentra la unidad suplementaria o trascendental que le da sentido a partir de su pertenecía a una u otra disciplina académica, sino como un agenciamiento. En tanto tal, no se nos da a la interpretación (de la verdad que en él habita) sino que nos interpela maquínicamente, es decir, a hacer de él, y componer con él, un rizoma: producir conexiones múltiples con otros agenciamientos en un mismo plan de consistencia. Lo haremos en este caso trazando y recorriendo una línea de desterritorialización que lo pone a funcionar en conexión con saberes provenientes del complejo científico-militar y explorando de qué manera ese vínculo permite cartografiar un paraje que, de acuerdo con una temporalidad lineal y desde el punto de vista del momento de la escritura de *Mil Mesetas* pertenece al futuro, pero que es nuestro presente.

² Si bien la bibliografía académica relativa a la obra de Deleuze y Guattari es inabarcable y comprende una profusa variedad de temáticas, los estudios de la guerra a partir de sus conceptos son casi inexistentes, especialmente en el ámbito hispanoparlante. Notables excepciones a dicha carencia, en la bibliografía anglófona, la constituyen el libro *War in the age of the intelligent machines* de Manuel De Landa (NY: Zone books, 1991), en el cual nociones como las de “máquina de guerra” y “*phylum* maquínico” le permiten el análisis de las transformaciones de las prácticas bélicas en torno al desarrollo de la computación y la inteligencia artificial; los trabajos recogidos en el dossier “Deleuze and war”, de la revista *Theory and event* (Evans y Guillaume, 2010), especialmente dedicada al problema con el propósito explícito de subsanar dicha vacancia y que cuenta con contribuciones de Brian Massumi, Michael Hardt y John Protevi, entre otros; y, del mismo Massumi (2015), el libro *Ontopower: War, Powers, and the State of Perception*, en el cual, a partir entre otras cosas de la lectura de Deleuze y Guattari, propone la emergencia de una nueva forma de poder para lo cual reinterpreta la noción de poder blando (*soft power*) de Arquilla y Ronfeldt en los términos, ya no de una capacidad vinculada con el conocimiento, sino en términos ontológicos, esto es, como la posibilidad de producir formas de ser.

En dicho texto, la historia de la conformación del Estado y de las prácticas bélicas, así como la lectura de la coyuntura (geo)política que le es contemporánea, aparecen tensadas a partir de la confrontación entre la máquina de guerra y el aparato de Estado, siempre en tanto polos abstractos de un continuo. Ahora bien, las décadas subsiguientes a su publicación fueron un momento de una profunda metamorfosis en las prácticas y doctrinas militares, discutida en su momento bajo el término de “Revolución de los Asuntos Militares” (COOPER, 1994; METZ; KIEVIT, 1995), y considerada también como una nueva “generación”, “ola” o “época” de la guerra (LIND, 1989; JENSEN, 1994; BUNKER, 1994; BUNKER, 1996; MOORE, 2002). Esta era asociada, fundamentalmente, a dos tendencias: una vinculada a la transformación tecnológica y otra al nuevo escenario geopolítico. La primera involucraba lo que se conoció como la emergencia de la guerra de la información (LIBICKI, 1995; SZAFRANSKI, 1995; MOLANDER, 1996), especialmente la transformación de los armamentos, las tácticas y las estrategias de combate debido al desarrollo y aplicación militar de las tecnologías de la información y la comunicación, así como los problemas derivados de la emergencia de la esfera comunicacional como un campo de acción de alcance global y fuente de amenazas novedosas. La segunda era el resultado de la aparición, tras el final de la Guerra fría y el desarrollo de la globalización, de un escenario geopolítico mundial que ya no se organizaba de manera claramente bipolar y en el que se ponía en cuestión la soberanía de los Estados nación. Con ello, las formas de conflictividad consideradas no tradicionales o marginales, usualmente definidas como “conflictos de baja intensidad”, “terrorismo”, “guerra irregular”, etc., tomaban el centro de la escena, en lo que ha sido caracterizado como un desplazamiento de la guerra “nítida” a la “difusa” (NIEVAS, 2006).

En este contexto, durante la década de los noventa, intelectuales de la RAND Corp., uno de los más importantes y vanguardistas *think thanks* dedicado a la

investigación y el desarrollo científico-militar de los Estados Unidos³, Donald Ronfeldt y Jon Arquilla, encararon un ambicioso trabajo de pensamiento para intentar cernir estas transformaciones, que vuelve, si bien de manera más bien implícita o indirecta, sobre los problemas tratados por Deleuze y Guattari en *Mil Mesetas*. A modo de introducción del presente ensayo, y como forma de situar los problemas en cuestión, interesa detenerse aquí en el modo en que Arquilla y Ronfeldt recuperan la contraposición entre el juego de ajedrez y el go, en relación con lo cual se encuentra una de las únicas referencias explícitas al trabajo de Deleuze y Guattari⁴. En sus términos, el primero encarna a la perfección las formas convencionales de la guerra, con ejércitos ordenados y compuestos por elementos cuyo valor puede distribuirse jerárquicamente, con la primacía de la organización lineal de los enfrentamientos, de la importancia de las maniobras destinadas a combatir por el control de un espacio delimitado cuya importancia se organiza concéntricamente y de capturar las piezas más valiosas del contrincante, y donde el conflicto tiene un objetivo y un final preciso: la caída del soberano. Mientras tanto, el juego del go provee una analogía mucho más precisa de los conflictos característicos de la era de la información, en los cuales se trata de controlar un espacio de batalla que se dispone reticularmente y en el que nunca se dibuja un único frente de batalla, sino múltiples territorios de disputa. En sus palabras,

Así, el Go, en contraste con el ajedrez, depende más de la distribución de las piezas que de la concentración. Se trata más de inserción proactiva y de presencia que de maniobra. Se trata más de decidir dónde posicionarse que de avanzar o retroceder. Se trata más de desarrollar enlaces similares a redes entre piezas fijas cercanas que de mover piezas especializadas en operaciones

³ En Cerruti (2018) se ha realizado una contextualización de la creación de la RAND corp. en el escenario posterior a la Segunda Guerra Mundial y de su historia hasta su participación decisiva en el desarrollo de Internet; y se han analizado en profundidad y exclusividad sus discursos relativos a la transformación de la guerra en el contexto de la revolución informática. Sobre la historia de la RAND y su papel en el complejo científico-técnico, político, militar e industrial estadounidense, véase Hounshell, 1998; Collins, 2002; Abella, 2008, Ware, 2008; Samaan, 2012; y Jardini, 2013.

⁴ Si bien Arquilla y Ronfeldt reconocen el análisis de Deleuze y Guattari como un antecedente al respecto, su lectura remite en primera instancia al libro *The Protracted Game. A Wei-Chi Interpretation of Maoist Revolutionary Strategy*, de Scott A. Boorman (1969), que once años antes de la publicación de *Mil Mesetas* había utilizado al go, en su diferencia con el ajedrez, para interpretar la estrategia propia de la guerra revolucionaria china, en particular, y las formas maoistas de insurgencia, en general.

combinadas. Se trata más de crear redes que de proteger jerarquías de piezas. Se trata más de luchar para crear territorios seguros que de luchar hasta la muerte (ARQUILLA; RONFELDT, 1997, p. 11).

La contraposición entre el ajedrez y el go había sido considerada por Deleuze y Guattari justamente como un ejemplo que nos ofrece la teoría de los juegos para comparar la máquina de guerra y el aparato de Estado. Desde el punto de vista de las características de las piezas, dicen Deleuze y Guattari, las del ajedrez están codificadas y cualificadas, poseen una identidad y tienen propiedades que les son intrínsecas, una naturaleza interna de la que dependen sus posibilidades de movimiento y enfrentamiento. Las del go, afirman, son unidades aritméticas, anónimas, sin ninguna cualidad, cuyas propiedades no les son propias, sino que dependen de la situación y su función es siempre colectiva. De allí se desprenden ciertas características de las relaciones entre las piezas, que Deleuze y Guattari sintetizan de la siguiente manera:

En su medio de interioridad, las piezas de ajedrez mantienen relaciones biunívocas entre sí, y con las del adversario: sus funciones son estructurales. Un peón de go, por el contrario, sólo tiene un medio de exterioridad, o relaciones extrínsecas con nebulosas, constelaciones, según las cuales desempeña funciones de inserción o de situación, como bordear, rodear, romper. Un solo peón de go puede aniquilar sincrónicamente toda una constelación, mientras que una pieza de ajedrez no puede hacerlo (o sólo puede hacerlo diacrónicamente) (DELEUZE; GUATTARI, 2002, p. 361).

Ahora bien, más allá de estas características de sus piezas, uno de los aspectos fundamentales de la perspectiva de Deleuze y Guattari reside en que el ajedrez y el go se desenvuelven en espacios (y tiempos) distintos: un espacio cerrado en el que los desplazamientos se realizan de un punto a otro, por un lado; y, por otro, un espacio abierto en el que los movimientos no tienen un punto de partida y uno de llegada, sino que se desenvuelven en un devenir constante.

Se trata de la diferencia entre el espacio estriado y el espacio liso. Mientras que el ajedrez codifica y descodifica el espacio, el go lo territorializa y lo desterritorializa. En ese sentido, concluyen Deleuze y Guattari, “el ajedrez es claramente una guerra, pero una guerra institucionalizada, regulada, codificada, con un frente, una

retaguardia, batallas. Lo propio del go, por el contrario, es una guerra sin línea de combate, sin enfrentamiento y retaguardia, en último extremo, sin batalla” (DELEUZE; GUATTARI, 2002, p. 361).

Aquello que la contraposición entre ambos juegos permite conceptualizar en los términos de la teoría de juegos es lo que Arquilla y Ronfeldt proponían formular en términos de teoría social y saber militar, para lo cual forjaron toda una serie de nociones entre las que se destacan los conceptos de “guerra en red”, “combate en enjambres” y “noopolítica”. Veremos de qué manera, releyéndolos en relación con el pensamiento de Deleuze y Guattari, estos se presentan como soluciones a un problema, que no es otro que aquel que la máquina de guerra plantea al aparato de Estado, así como generan sus propias líneas de fuga.

ANTE UNA NUEVA MÁQUINA DE GUERRA: LA GUERRA EN RED

La primera formulación de la noción de “guerra en red” es planteada en el contexto de la introducción del concepto de “ciberguerra” (ARQUILLA; RONFELDT, 1993), como formas de interpretar las transformaciones de la guerra vinculadas a la revolución informática. Si la segunda refiere a los modos de enfrentamiento contra un enemigo armado, la primera constituye su equivalente en el polo no militar del espectro. Ambas involucran el hecho de considerar que la nueva guerra de información implica no solamente una transformación de las capacidades militares gracias a los nuevos desarrollos tecnológicos sino un renovado papel de la información en los modos en los que se dirimen los conflictos. Una de las primeras maneras de interpretar esta última cuestión reside en la centralidad del “conocimiento” en las formas de conflicto, pero sobre ello volveremos más adelante.

En este momento interesa destacar dos cuestiones. En primer lugar, que lo que está en juego es una verdadera desnaturalización de la guerra misma, la cual se desdibuja y es reemplazada por la idea de un “espectro de conflicto” (ARQUILLA;

RONFELDT, 1997) que se despliega desde un polo militar, el conflicto armado, a uno no militar, el de los conflictos que no llegan a la guerra ("*conflicts short of war*", es decir, lo que usualmente se conocía como "conflictos de baja intensidad" u "operaciones diferentes de la guerra", que incluyen a las de conservación de la paz y ayuda humanitaria). Un espectro que abarca en un continuo las diferentes formas de guerra económica, política, propiamente bélica y también informacional. Junto con ello, se despliega una interpretación que anticipa que la forma de conflictividad que prevalecerá en el futuro es justamente aquella que se desenvuelve en el polo social, y por obvias razones, son las que plantean mayores desafíos a las instituciones militares.

En segundo lugar, esta redefinición de la guerra en la era de la información es considerada como el resultado de una transformación de los modos de organización social de amplio alcance. Aquí, la noción de información es entendida ya no como conocimiento sino como forma de organización, y es la razón por la cual la noción de "guerra en red" cobra centralidad en el planteo.

Lo específicamente novedoso de la guerra en la era de la información es la aparición de antagonistas que utilizan modos de organización, doctrina, estrategia y comunicación que responden a una forma de red (ARQUILLA; RONFELDT, 1996). En palabras de Arquilla y Ronfeldt:

Un actor de la guerra en red arquetípico consiste en una red de nodos (o centros de actividad) que se encuentran dispersos e interconectados. Estos nodos pueden ser individuos, grupos, organizaciones formales o informales, o partes de grupos u organizaciones. Pueden ser grandes o pequeños en tamaño, y estar estrecha o laxamente asociados, y pueden ser inclusivos o exclusivos en cuanto a su pertenencia. Pueden estar segmentados o especializados, esto es, pueden ser similares y participar de las mismas actividades, o pueden organizarse según una división de trabajo basada en la especialización. Las fronteras de una red pueden estar definidas con precisión o pueden desdibujarse en su relación con su entorno (ARQUILLA; RONFELDT, 1996, p. 9).

Por otro lado,

La estructura de la organización es bastante plana. No hay un solo líder central o comandante; la red en su totalidad (lo cual no quiere decir necesariamente para cada nodo) tiene poca o ninguna jerarquía. Puede haber

múltiples líderes. La toma de decisiones y las operaciones son descentralizadas y dependen de la construcción consultiva de consensos que permiten la iniciativa local y la autonomía. El diseño es a la vez acéfalo y policéfalo – no tiene una cabeza o corazón definidos, si bien no todos los nodos son iguales. En otras palabras, el diseño es heterárquico, pero también podría denominarse ‘panárquico’ (ARQUILLA; RONFELDT, 1996; p. 9).

El problema con el que se enfrentan Arquilla y Rondfeld es el del encuentro con una nueva máquina de guerra. Y, junto con ello, la cuestión de su captura por el aparato de Estado, transformándola en un objeto de saber de la institución militar. Ahora bien, uno de los aspectos cruciales de la perspectiva de Deleuze y Guattari reside en situar el carácter problemático de la relación entre el Estado y la guerra. En definitiva, esta última constituye siempre una exterioridad respecto de aquel. Según su lectura, un aparato de Estado emerge en cuanto se conforma un “estrato”, es decir, se establece un principio de identidad, se distribuyen distinciones binarias y relaciones biunívocas y se constituye un medio de interioridad. Hablar de interioridad implica sostener que ese espacio se conquista en relación con lo que desde ese punto de vista se constituye como un afuera, que no es otra cosa que lo que llaman la máquina de guerra. Considerada históricamente, la máquina de guerra es una invención del nomadismo, pero no hay entre esta y el Estado ninguna anterioridad lógica de uno sobre el otro, sino coexistencia en un mismo plano.

El Estado en su forma paradigmática, entonces, ejerce la violencia a través de la policía o procede por formas de captura que la hacen innecesaria. Y cuando integra a la guerra lo hace a través de su formalización jurídica y su organización a partir de las instituciones militares. Pero, en el extremo, la máquina de guerra le es exterior, ya que esta es “la multiplicidad pura y sin medida, la manada, la irrupción de lo efímero y potencia de metamorfosis”; en ella todo se desenvuelve en forma de devenires que rompen las correspondencias de relaciones y las dualidades de términos. Por ello, la máquina de guerra, en contraste con los aparatos de identidad del Estado es siempre difusa y polimorfa. Es decir, que se desenvuelve a partir de conexiones no jerárquicas que se establecen entre elementos heterogéneos que componen una multiplicidad que

escapa a toda codificación y determinación de sus componentes y sus relaciones por una unidad suplementaria, que está definida por las líneas de fuga o de desterritorialización que rompen las líneas de segmentariedad que constantemente buscan estratificarla, territorializarla, organizarla, y que al seguirlas la hacen cambiar de naturaleza. En otras palabras, la máquina de guerra es rizomática y no arborescente.

Este es el problema con el que se enfrentan Arquilla y Ronfeldt, mirando la transformación de la conflictividad bélica desde el punto de vista del Estado. Los nuevos actores de la guerra en red, afirman, suelen no ser estatales, si bien pueden ser agentes de un Estado o utilizar como agente o como campo de batalla; pueden actuar a nivel subnacional o transnacional; pueden ser pre o protoestatales (grupos etnonacionalistas o separatistas); orientados al mercado (como organizaciones criminales); u orientados al Estado (ONGs, movimientos sociales); todo lo cual genera complejas y novedosas simbiosis. De hecho, uno de los aspectos llamativos del enfoque que proponen es el de la inclusión del activismo militante no violento, en sus diferentes formas, al interior del nuevo *continuum* bélico. Las luchas sociales, que han adquirido alcance trasnacional, dan lugar a lo que llaman “guerras sociales en red”, que constituyen un ejemplo paradigmático de la “anarquía coordinada” y la movilización veloz con la que se desenvuelven las nuevas amenazas para el Estado.

Las guerras en red se desenvuelven, entonces, en un escenario epocal en el que todas las fronteras y las distinciones entre lo civil y lo militar, lo legal y lo ilegal, lo público y lo privado, la ofensiva y la defensiva, e inclusive la guerra y la paz, y con ello la de las esferas política, militar, policial y civil, se borronen, produciendo zonas grises en las que se desarrollan los nuevos conflictos. Pero no solo las fronteras sociopolíticas se difuminan, sino que también lo hacen las distinciones espaciotemporales habituales, razón por la cual ya ni siquiera puede determinarse el inicio o la conclusión de los conflictos, los cuales, además, suelen desenvolverse en ciclos de quietud y aceleración de diferente amplitud.

En términos de Deleuze y Guattari, la máquina de guerra reconstituye un espacio liso u ocupa el espacio como si fuese liso, esto es, en tanto vectores que establecen direcciones o trayectorias que son intensivas, que no se subordinan a los puntos, que no están ahí en tanto “cosas”, sino que constituyen acontecimientos. Y de allí que opere maquínicamente, esto es, estableciendo y deshaciendo conexiones entre elementos que no son constantes, sino que constituyen flujos en variación continua.

En ese sentido, la tarea que el Estado enfrenta es la de capturar los flujos (de poblaciones, de capitales, de mercancías, de información, etc.) que se desenvuelven en el espacio que le es exterior y que lo atraviesan. Esta captura es sinónimo de fijarles límites y trayectos reconocibles, direcciones determinadas, regular su circulación, limitar su velocidad, establecer sujetos y objetos identificables. Deleuze y Guattari dan cuenta de la lógica de esa operación en los términos de “estriar” el espacio. Lo que distingue el espacio interior del Estado y el exterior de la máquina de guerra es su carácter estriado o liso. El Estado compone espacios extensivos, métricamente divisibles en puntos a los cuales se subordinan las líneas, un espacio ocupado por elementos discretos y constantes. No se trata solamente de limitar velocidades y de determinar movimientos sino de transformar el movimiento y la velocidad absoluta en relativos a los puntos entre los cuales se despliegan y la distancia que recorren, esto es, descomponerlos y recomponerlos como susceptibles de regulación, de transformar los flujos en series discretas y determinables. Todas las fronteras socio y geopolíticas, así como la espacialidad y temporalidad sobre la que se sustentan, están basadas en el estriamiento estatal del espacio.

Así, afirman,

siempre que se produce una acción contra el Estado, indisciplina, sublevación, guerrilla o revolución como acto, diríase que una máquina de guerra resucita, que un nuevo potencial nomádico surge, con reconstitución de un espacio liso o de una manera de estar en el espacio como si fuera liso [...]. En ese sentido, la respuesta del Estado es estriar el espacio, contra todo lo que amenaza con desbordarlo. El Estado no se ha apropiado de la máquina de guerra sin darle la forma del movimiento relativo [...]. Y a la inversa, cuando un Estado no logra estriar su espacio interior o contiguo, los flujos que lo atraviesan

adquieren necesariamente el aspecto de una máquina de guerra dirigida contra él, desplegada en un espacio liso hostil o rebelde (incluso si otros Estados pueden introducir en él sus estrías) (DELEUZE; GUATTARI, 2002: 391).

ESTADO, CAPITALISMO Y MÁQUINA DE GUERRA: UNA HISTORIA DEL PRESENTE

Ahora bien, es preciso detenerse en otro elemento de la elaboración conceptual de Arquilla y Ronfeldt, vinculado con el modo en que postulan la relación entre la emergencia de la guerra en red y una visión macrohistórica de transformación social que involucra un desplazamiento del poder desde las organizaciones jerárquicamente estructuradas hacia aquellas compuestas por redes.

Así, de acuerdo con la primacía de ciertas formas de organización, la historia puede ser escandida en tribus, instituciones, mercados y redes (RONFELDT, 1996). El punto de partida lo constituyen las formas tribales que, basadas en el parentesco, se caracterizan por proveer un sentido de pertenencia comunitaria e identidad social y cultural. Es propio de su organización una participación igualitaria en la comunidad y la ausencia de liderazgos fuertes. Sobre ellas se instalan las instituciones jerárquicas, cuya finalidad reside en la administración, manejo del poder y la conquista militar, y cuyas formas paradigmáticas se encuentran en los imperios antiguos y el Estado absolutista. Su rasgo fundamental reside en la centralización del poder, control y de decisión en una instancia en relación con la cual se coordinan cadenas de mando y que hace posible la organización burocrática más o menos especializada, diferenciada y profesionalizada, así como el desarrollo de formas de coerción y sistemas de sanción.

El problema de las instituciones jerárquicas se encuentra en su capacidad limitada para adaptarse y para administrar los flujos de intercambio complejos, que comienzan a aparecer con la consolidación del capitalismo en Europa, en los siglos XVII y XVIII. Las formas de organización social basadas en el mercado constituyen

sistemas flexibles, de mayor o menor complejidad, los que diversos actores se vinculan en procesos de intercambio variados. Se trata de una tendencia que se ha desplegado y fortalecido el último siglo gracias a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación que permiten la relación y la coordinación heterárquica entre agentes de miembros que pueden estar dispersos en múltiples organizaciones autónomas de tamaño diverso tipo y tamaño, diferente grado de dispersión y autonomía.

Es verdad que Arquilla y Ronfeldt proponen una suerte visión evolutiva en el cual se suceden las diferentes etapas, desde un grado menor a complejidad hacia uno mayor, sin embargo no se trata de compartimientos estancos que son superados una vez que se pasa de uno a otro, sino que cada sociedad conserva en su interior diferentes formas de organización, y su fisonomía depende del modo en que estas se articulan en un funcionamiento conjunto. Además, cada una de ellas hace posible la conformación de determinados tipos actores sociales que le son propios, y con ello de formas conflictividad que le son características. Así,

La forma tribal puede engendrar formas de exclusividad, que persisten incluso en sociedades avanzadas, y que puede justificar cualquier cosa, desde el nepotismo hasta el asesinato, para proteger y fortalecer a un clan y sus líderes. La forma institucional puede conducir a jerarquías dictatoriales, corruptas y arbitrarias. La forma del mercado puede permitir la especulación desenfrenada e improductiva y la manipulación del mercado para proteger a los poderosos capitalistas. La forma de red puede fortalecer la “sociedad incivil” al permitir que los grupos subversivos organicen campañas de engaño o que sindicatos criminales lo hagan para el contrabando de drogas, armas o migrantes (ARQUILLA; RONFELDT, 1996, p. 36).

El problema actual sobre el que llaman la atención Arquilla y Ronfeldt reside en que los actores pertenecientes a la sociedad civil y a lo que denominan la “sociedad incivil”, aventajan a los Estados en su capacidad de desenvolverse en un mundo reticulado.

Ahora bien, como podrá apreciarse, las escansiones que proponen condicen con las distinciones que establecen Deleuze y Guattari entre máquinas sociales o *socius* que,

en el *Anti-edipo* (1985), califican como salvajes, bárbaras y civilizadas; y que, en *Mil mesetas*, son retomadas como sociedades primitivas, despóticas y capitalistas. Tanto en uno como en otro texto lo que está en juego es una historia del presente, esto es, una mirada anclada en la crítica del capitalismo.

En los términos del *Anti-Edipo*, las sociedades salvajes o primitivas son aquellas caracterizadas por su inscripción territorial, su anclaje a la Tierra (lo que llaman “máquina territorial”) que confluye con una codificación de los flujos. En relación con ellas, el aparato de Estado produce un primer gran movimiento de desterritorialización a partir de la repartición geográfica o subdivisión de la tierra, que coincide con una reterritorialización en un espacio geométrico sobrecodificado. Así, se sustituye la unidad inmanente de la tierra por la unidad trascendente del Estado; la cual impone, por otro lado, una sobrecodificación de los flujos, los cuales remiten todos ellos a un punto central, ocupado por el cuerpo del déspota, y hace surgir las estructuras jerárquicas en principio ajenas a (y conjuradas por) las sociedades salvajes.

En *Mil mesetas* califican este pasaje como la distinción (que es propiamente hablando una coexistencia) entre la segmentariedad flexible de las sociedades primitivas a la dura de las sociedades modernas. En estas últimas, las oposiciones binarias funcionan como máquinas duales que establecen relaciones biunívocas; los segmentos circulares se ordenan concéntricamente, es decir, son puestos en resonancia en relación con un centro de poder; mientras que los segmentos lineales son sobrecodificados, haciéndolos homogéneos y traducibles entre sí.

Por su parte, el *socius* capitalista funciona haciendo coincidir un mayor factor de desterritorialización de los flujos (el dinero, la mercancía, la propiedad privada, etc.) con su descodificación, reemplazando los códigos por una axiomática inmanente a los dominios en los que se realiza y que considera directamente los elementos y las funciones sin especificarlos ni cualificarlos por su reducción a una unidad superior trascendente.

Si es clara la coincidencia entre los dos primeros momentos en las dos propuestas, el mercado y la red de Arquilla y Ronfeldt desde la perspectiva de Deleuze y Guattari constituirían formas de organización social que señalan dos momentos en el proceso capitalista hacia una cada vez mayor descodificación y desterritorialización universal de los flujos, coincidiendo la primera con la privatización de los bienes, las propiedades y los medios de producción, y la última con la financiarización global de la economía, realizable gracias a la revolución informática. Como quiera que sea, lo cierto es que en este contexto el Estado queda subordinado a un campo de fuerzas cada vez más descodificadas y desterritorializadas, que permanente e infructuosamente intenta recodificar y reterritorializar. “Ya no produce una unidad sobrecodificante, él mismo es producido en el campo de flujos descodificados. En tanto que máquina, ya no determina un sistema social, es determinado por el sistema social al que se incorpora en el juego de sus funciones”, afirman en el *Anti-Edipo* (1985, p. 228); cuestión que en *Mil mesetas* formulan de la siguiente manera: “Con el capitalismo, los Estados no se anulan, sino que cambian de forma y adquieren un nuevo sentido: modelos de realización de una axiomática mundial que los rebasan” (DELEUZE; GUATTARI, 2002, p. 460).

Si a las líneas de segmentariedad flexibles y las duras, Deleuze y Guattari agregan las líneas de fuga, definidas por la descodificación y la desterritorialización, y que, frente a la máquina de sobrecodificación que el Estado efectúa, representan una máquina de mutación, puede decirse que es en esas líneas que habita la máquina de guerra en tanto es el tipo de agenciamiento que las traza. Y es por ello por lo que existe una relación particular entre la máquina de guerra y el capitalismo, cuestión que retomaremos más adelante.

En todo caso, el problema que Arquilla y Ronfeldt plantean en última instancia es el de la situación del Estado (específicamente desde la perspectiva del Estado norteamericano) y la institución militar en particular, en este contexto; y con ello la propuesta de lo que, con Deleuze y Guattari, pueden denominarse dos aparatos de

captura de la máquina de guerra: el primero es la noción de contra-guerra en red, que se complementa con la doctrina del combate en enjambres; la segunda es la noción de noopolítica, como estrategia general del Estado.

APARATO DE CAPTURA 1. LA “CONTRA-GUERRA EN RED” Y LA DOCTRINA DE “COMBATE EN ENJAMBRES”.

Las características de la máquina de guerra, que han sido consideradas, indican que tampoco ella tiene una dirección directa y necesaria con la guerra, si bien puede ser su resultado bajo ciertas condiciones, que no son otras que su captura por el Estado. Los aparatos de Estado, cuya dominación se basa en principio en medios no bélicos, limitan la máquina de guerra por la vía de apropiarse de ella. El Estado captura la máquina de guerra, es decir, construye una adaptada a sus fines subordinada a la forma de la institución militar, y solo cuando eso sucede la máquina de guerra toma a la guerra como su objeto necesario. La guerra aparece, entonces, en la relación entre el Estado y la máquina de guerra.

Los mismos Deleuze y Guattari sintetizan el carácter paradójico de esta relación de la siguiente manera:

1) la máquina de guerra es la invención nómada que ni siquiera tiene la guerra como objeto primero, sino como objeto segundo, suplementario o sintético, en el sentido de que está obligada a destruir la forma-Estado y la forma-ciudad con las que se enfrenta; 2) cuando el Estado se apropia de la máquina de guerra, ésta cambia evidentemente de naturaleza y de función, puesto que entonces está dirigida contra los nómadas y todos los destructores del Estado, o bien expresa relaciones entre Estados, en la medida en que un Estado sólo pretende destruir otro o imponerle sus fines; 3) ahora bien, cuando el Estado se apropia así de la máquina de guerra ésta tiende a tener la guerra como objeto directo y primero, como objeto analítico (y cuando la guerra tiende a tener la batalla como objeto). En resumen, al mismo tiempo que el aparato de Estado se apropia de una máquina de guerra, la máquina de guerra toma la guerra como objeto, y la guerra queda subordinada a los fines del Estado (DELEUZE; GUATTARI, 2002, p. 418).

La noción de contra-guerra-en-red es una de formas en que aparece bajo el pensamiento de Arquilla y Ronfeldt este proceso de captura. Sin abandonar su

estructura jerárquica, sino componiendo una organización híbrida, el Estado debe transformarse, capturar la máquina de guerra construyendo la suya propia, adaptada sus fines, dado que, advierten, “se requieren redes para enfrentar a otras redes [y] es posible que los gobiernos que quieran defenderse de la guerra en red tengan que adoptar diseños organizativos y estrategias como los de sus adversarios” (ARQUILLA; RONFELDT, 1996, p. 15). Estas son imposibles de combatir a partir de fuerzas organizadas jerárquicamente, pues desde el punto de vista ofensivo una red es adaptable, flexible y versátil, es capaz de desenvolverse rápida y económicamente. Mientras que, defensivamente, las redes tienden a ser resistentes ya que son redundantes y diversas, la ausencia de una estructura centralizada hace que sea imposible enfrentarla como un todo y derrotarla completamente, solo es posible confrontar partes de ella, mientras que otras mantienen su capacidad de acción. De hecho, la diferencia misma entre la ofensiva y la defensiva se desdibuja.

Para dar cuenta de la especificidad de esta forma de combate, e inspirados en su interpretación macrohistórica, Arquilla y Ronfeldt proponen reconocer cuatro paradigmas históricos.

Las confrontaciones entre multitudes desorganizadas, en enfrentamientos lineales que se disuelven con facilidad, constituyen el primer paradigma: el de la melé o el combate cerrado desorganizado. El combate en masas es el segundo modelo y se caracteriza, por un lado, por la confrontación de formaciones organizadas, desplegadas con un frente, una vanguardia y una retaguardia; y, en segundo, por enfrentamientos planificados estratégicamente cuyo desenvolvimiento responde a la dinámica de las “olas”. Este paradigma es el que hace posible la emergencia la doctrina militar, en tanto se plantea el problema de cómo mantener la estabilidad de las formaciones militares de acuerdo con el principio jerárquico de su organización; y es el resultado, entre otras cosas, del desarrollo de la escritura y de los sistemas de comunicación a distancia. Por su parte, el tercer modelo es el de la guerra de maniobras, en el cual, gracias a las tecnologías electrónicas de comunicación, se vuelve

posible la movilización de fuerzas enteras (por tierra, mar y aire) en operaciones complejas, que se caracterizan por su sincronización, su carácter multilíneas y su velocidad.

Lo que se percibe hasta aquí es el efecto de la organización estatal de la guerra, específicamente lo que esto significa desde el punto de vista del estriamiento del espacio de combate y la organicidad de las fuerzas militares así compuestas, ausente en la melé y característico del combate de masas y de maniobras con diferente grado de desarrollo tecnológico. De todos modos, la lógica aquí no es la de una evolución histórica sino la de la coexistencia, dado que todo estriamiento del espacio genera líneas de fuga. Así, por ejemplo, el ejemplo paradigmático del combate de masas se encuentra en la guerra de desgaste de la primera guerra mundial, basado en el estriamiento del espacio de combate a través de la trinchera, que reproducía localmente el estriaje global del espacio por medio de las fronteras geopolíticas interestatales. Frente al estancamiento al que condujo, como lo destacan Deleuze y Guattari, el tanque constituyó una innovación técnica que permitió alisar el espacio de combate, potencial que la guerra relámpago llevó a su forma paroxística. En esa capacidad se basa su poder y no en su mera velocidad. Al mismo tiempo, la coordinación tierra-aire, entre el tanque y el avión de combate gracias a la radio, tal y como sucedió con el apoyo aéreo en la guerra relámpago, y cuyo paradigma se encuentra en la doctrina de la batalla aeroterrestre (*AirLand Battle*) (que las fuerzas armadas estadounidenses llevaron a su forma ejemplar en la guerra Tormenta del desierto), permite producir un estriaje del espacio aéreo conforme al terrestre estableciendo direcciones constantes y movimientos relativos. A esta cuestión se refieren Deleuze y Guattari cuando afirman que el aparato de Estado no solo tiene como tarea fundamental estriar el espacio en el que, y gracias a lo cual, puede ejercer su dominio, sino que también es capaz de “utilizar espacios lisos como un medio de comunicación al servicio del espacio estriado” (DELEUZE; GUATTARI, 2002, p. 389).

Arquilla y Ronfeldt proponen el combate en enjambres (*swarming*) como cuarto paradigma, tomando como modelos biológicos no solo a los modos de organización de ciertos insectos (abejas, hormigas) sino también a las manadas de lobos, y rastreando sus raíces en las formas de combate nómades y en las doctrinas de la guerra revolucionaria y la guerra de guerrillas. De acuerdo con su visión, la década de los noventa era un intervalo entre la última guerra de maniobras paradigmática (la de la Tormenta del Desierto) y las nuevas formas de conflicto que se estaban incubando y comenzando a emerger, razón por la cual el Estado debería fomentar lo que llaman el pasaje hacia la doctrina de combate en enjambres (*BattleSwarm*). Esta consiste, fundamentalmente, en lograr una centralización estratégica junto con una descentralización táctica, a través de una transformación organizacional, comunicacional e informática que haga posible la operación de miríadas de unidades de maniobra pequeñas, dispersas y reticuladas, cada una de las cuales constituyen unidades autónomas o semiautónomas que participan en el ataque convergente sobre un blanco común, en un espacio en el que no hay frente de batalla, en el que la ofensiva se desenvuelve a través de modalidades amorfas pero coordinadas que proceden a través de lo que llaman “un pulso sostenido” de repetición de ataques y regreso a la dispersión y al estado de sigilo.

El enjambre, o la manada, no es sino otro nombre para lo que Deleuze y Guattari llaman multiplicidad; y sus formas de combate remiten a los movimientos intensivos, antes que extensivos, que la caracterizan, en oposición a las masas organizadas en agregados molares que componen un ejército regular. La doctrina del combate en enjambres insta, entonces, al Estado a avanzar en una línea de desterritorialización y descodificación a los fines de capturar la máquina de guerra, reterritorializarla en su interior y recodificarla de acuerdo con sus propios fines.

APARATO DE CAPTURA 2: LA NOOPOLÍTICA

Ahora bien, otra serie de problemas surgen de lo que Deleuze y Guattari consideran la emergencia de la esfera global como un gran espacio liso, tanto por la transformación de la economía en una axiomática planetaria como por la reticulación del planeta en su totalidad por las tecnologías de la información y la comunicación que proceden por el establecimiento de la sincronía y la compactación. Un mundo en un estado de flujo contante, el incremento de la porosidad de las fronteras y de la movilidad de personas y cosas, de la interdependencia y la globalización así como de la fragmentación y la tribalización; la erosión de las formas tradicionales de la soberanía y la difusión del poder; la aparición de nuevas identidades y comunidades no nacionales; la dinámica de turbulencia, caos y complejidad; son los modos en los que Arquilla y Ronfeldt describen las características de este nuevo espacio planetario.

Frente a ella, proponen lo que podemos llamar la segunda forma de captura o de estriamiento del espacio, formulada a partir del concepto de “noopolítica” (ARQUILLA; RONFELDT, 1999)⁵. Esta se basa en una particular manera de definir este espacio en los términos de lo que Pierre Teilhard de Chardin había denominado una “noosfera”⁶, que subsume la “infoesfera” (las redes de comunicación e información interconectadas computacionalmente) y la “mediaesfera” (la esfera de los medios comunicación masiva), en un espacio definido como un “ámbito global de la mente”, en donde es el valor y el sentido que tiene la información para quienes participan de su producción y su circulación lo que le da su carácter distintivo.

⁵ En “The promise of noopolitics” (ARQUILLA; RONFELDT, 2007), tras el endurecimiento de las estrategias militares estadounidenses luego de los atentados de septiembre de 2001, Arquilla y Ronfeldt vuelven a reflexionar sobre la noopolítica a la que mantienen todavía como una promesa que debe ser alimentada de cara al futuro.

⁶ El concepto de noosfera había sido creado por Teilhard de Chardin en su intento de conciliar la evolución natural y la fe católica, consideraba que la primera, tras atravesar las fases de la geosfera y de la biosfera, actualmente había arribado a la de la noosfera en el que se cumple la unificación planetaria de todos los espíritus y las conciencias de los hombres a través de la red tejida por las tecnologías de la comunicación (TEILHARD DE CHARDIN, 1957).

La noopolítica no es otra cosa enfoque estratégico propio a esta última y cuyo principio de inteligibilidad se encuentra en el modo en que se recorta en oposición a las características del realismo político, cuya racionalidad proviene de la forma de organización estatal y del ejercicio del poder entendido como fuerza, así como, desde el punto de vista geopolítico, del ordenamiento interestatal.

Ahora bien, la noopolítica presupone justamente una situación la que el poder se ha descentrado respecto de la forma estatal y en el que se ha redistribuido en redes complejas en las que la sociedad civil desempeña un papel cada vez más importante. Visto desde el punto de vista del Estado (en el caso de los teóricos de la Rand, el norteamericano), ello implica necesariamente un cambio de orientación por el cual su acción debe encaminarse en el sentido de tejer las redes que permitan a los diferentes actores confluír en intereses comunes. Esto quiere decir, su poder dependerá de su capacidad de ser, no un actor más en el escenario mundial, sino de confeccionar el tejido global de la nooesfera. O, lo que es lo mismo, de ser capaz de estriar ese nuevo espacio liso en torno a él: “les corresponde a los estadounidenses hacer un esfuerzo para fomentar el ascenso de la nooesfera, en armonía con los ideales e intereses estadounidenses” (ARQUILLA; RONFELDT, 1999, p. 22). Para ello debe recurrir a al ejercicio de un “poder blando” basado ya no en la fuerza sino en su capacidad de influencia y persuasión.

Pero aquella nooesfera ecuménica y ética con la Arquilla y Ronfeldt se ilusionaban en 1999 como una promesa de cara al siglo XXI, encontraba en los atentados de septiembre de 2001 y los sucesos subsiguientes su pronto final. La realización de lo que llaman una “guerra-en-red terrorista arquetípica” de alcance global al mismo tiempo ratificaba su lectura relativa a las formas de conflictividad y enfrentamiento en enjambres. Lo que emergió de ello era una “nooesfera jihadista” de naturaleza “brutalmente tribal” que

fomenta divisiones entre nosotros y ellos, reclaman la sacralidad únicamente de sus propios fines, demonizan e intimidan a los demás, [...] se deleitan con los códigos de venganza, atraen y radicalizan reclutas, instruyen y celebran la

violencia más oscura, demandan conquistas territoriales y espirituales, y reprimen a los moderados. El lenguaje suele tener un tono religioso, pero lo que está en juego se reduce, sobre todo, a la exaltación de las antiguas nociones tribales de honor, orgullo, dignidad y respeto (ARQUILLA; RONFELDT, 2007, p. 8).

Más allá de que descargaran las responsabilidades de este devenir de la noosfera en las nuevas organizaciones terroristas globales, el problema es evidentemente de mayor alcance. La nooesfera se había convertido en un espacio de “guerra de ideas”, en la que participaba también el Estado norteamericano, acompañando con ello intervenciones militares y medidas diplomáticas de índole coercitiva propias de los paradigmas tradicionales de la política y la guerra.

La cuestión que queda así planteada nos remite directamente al problema de la compleja relación entre la guerra, el Estado y la máquina de guerra, entre la guerra y el capitalismo y entre la guerra y la política, que es abordada de manera ejemplar por Deleuze y Guattari a partir de la discusión del pensamiento de Clausewitz. Su análisis los lleva considerar que la situación contemporánea impone la inversión de su celebre *dictum*, ya que ahora la política es la continuación de la guerra por otros medios.

Para Deleuze y Guattari existe una relación ineluctable entre la guerra total y el capitalismo, no solo dado que únicamente este hace posible la inversión de capital necesaria para ello, ni porque los gastos bélicos y militares constituyen lo que, en *El Anti-Edipo*, llaman una instancia fundamental del “aparato de antiproducción” que permite absorber la plusvalía producida y mantener el sistema en funcionamiento (DELEUZE; GUATTARI, 1985, p. 243); sino porque todo ello participa del modo en que

la axiomática libera necesariamente una potencia superior a aquella que trata [...] Algo así como una potencia del continuo, ligada a la axiomática, y que sin embargo la desborda. Inmediatamente reconocemos esta potencia como potencia de destrucción, de guerra, encarnada en complejos tecnológicos,

militares, industriales y financieros, en continuidad los unos con los otros (DELEUZE; GUATTARI, 2002, p. 470)⁷.

En ese sentido, si la tendencia histórica se desarrolla en la dirección de un pasaje de la guerra limitada a la guerra total, esta última realiza al máximo las condiciones de la apropiación de la máquina de guerra siempre y cuando continúe subordinada a los fines del Estado. Sin embargo, como no podría ser de otra manera dado que el afuera nunca se deja reducir completamente a la interioridad, en el mismo movimiento en el que la máquina de guerra apropiada y dispuesta de acuerdo a los fines del aparato de Estado toma por objeto a la guerra total, la finalidad y el objeto entran en una relación problemática, incluso en una contradicción, por la cual resulta por lo menos dificultoso establecer si el Estado comanda la guerra o es la guerra, ahora bajo la forma de una máquina de guerra mundial, la que subordina a los Estados y sus fines. Una máquina de guerra que sobrepasa la forma de la guerra total en tanto asume funciones políticas y toma a la paz misma por objeto, pero hace de ella una paz terrorífica en tanto es aquella de la supervivencia. “La máquina de guerra se ha responsabilizado de la finalidad, del orden mundial, y los Estados ya sólo son objetos o medios apropiados a esta nueva máquina”, afirman (DELEUZE; GUATTARI, 2002, p. 421). Por supuesto, dado el contexto, el referente directo de dichas afirmaciones no es otra cosa que la paz helada resultante de la posibilidad de destrucción mutua asegurada durante la Guerra fría. Sin embargo, la problemática excede dicha coyuntura y nos incumbe de manera particular.

Por eso, si bien es cierto que la tarea fundamental del Estado es la de estriar el espacio sobre el que pueda ejercer su soberanía, la cuestión es mucho más compleja. No solo, como hemos mencionado, porque es capaz de utilizar espacios lisos para

⁷ La misma RAND encarna paradigmáticamente esta potencia, hasta tal punto que se ha afirmado que a ella se refería el presidente Dwight Eisenhower cuando, en su último discurso presidencial, acuñó el concepto de “complejo militar-industrial” para denunciar la amenaza que significaba para la democracia de ese país la perspectiva armamentista de la RAND ante la llamada brecha de los misiles, a la cual se oponía, y que finalmente llegó a la Casa Blanca de la mano de John F. Kennedy (ABELLA, 2009, p. 132 y ss.).

estriar el espacio⁸, sino también dado que el estriamiento del espacio termina por reconstituir un espacio liso. Tomando el ejemplo del estriaje del mar, principal espacio liso y modelo para el del aire y de la tierra en su conjunto, afirman:

esta empresa conduce al resultado más inesperado: la multiplicación de los movimientos relativos, la intensificación de las velocidades relativas en el espacio estriado, acaba por reconstituir un espacio liso o un movimiento absoluto [...] en el que ya no se va de un punto a otro, sino que se ocupa todo el espacio a partir de un punto cualquiera: en lugar de estriar el espacio, se le ocupa con un vector de desterritorialización en constante movimiento. [...] Transformador y capturador, el Estado no sólo relativiza el movimiento, sino que vuelve a producir movimiento absoluto. No sólo va de lo liso a lo estriado, sino que vuelve a producir espacio liso (DELEUZE; GUATTARI, 2002; p. 391).

El Estado reconstituía un nuevo nomadismo bajo la forma de una máquina de guerra mundial que lo desborda y cuyas líneas se efectúan en complejos militares-industriales, científico-tecnológicos, económico-financieros, massmediáticos, multinacionales, etc. Así, “La máquina de guerra reinaba sobre toda la axiomática como la potencia del continuo que en volvía la “economía-mundo”, y ponía en contacto todas las partes del universo. El mundo volvía a ser un espacio liso (mar, aire, atmósfera) en el que reinaba una sola y misma máquina de guerra, incluso cuando oponía sus propias partes” (DELEUZE; GUATTARI, 2002, p. 471).

Y lo mismo vale para la noosfera de Arquilla y Ronfeldt. Aquí Deleuze y Guattari siguen a Marshall McLuhan, quien había forjado su afamada noción de “aldea global” a partir de una reinterpretación de la noción de noosfera de Teilhard de Chardin (MCLUHAN, 1969). Tomándola como herramienta conceptual crítica, y no como utopía milenarista, lo que la “aldea global” pone en escena es justamente la coexistencia en el campo social de “máquinas mundiales ecuménicas” y de un “neoprimitivismo”, e incluso la confusión de ambos. La emergencia de una máquina

⁸ Respecto de la utilización de los espacios lisos como medios para el estriamiento del espacio no puede dejar de recordarse el caso de la estrategia “Caminar atravesando muros” (*Walking through walls*) desarrollada por el *Operational Theory Research Institute* para las Fuerzas de Defensa Israelí, que tiene la particularidad de haberse servido directamente del pensamiento de Deleuze y Guattari para su concepción. Al respecto, véase el trabajo de Weizman (2007).

de guerra mundial se presenta a partir de dos líneas de fuga a partir de las cuales el afuera socaba la capacidad de interiorización del Estado, por un lado, la de grandes máquinas ramificadas por todo el globo y que gozan de una amplia autonomía respecto de los Estados y, por otro, la de máquinas que se desenvuelven en los márgenes y de manera local. La “aldea global” circunscribe la resonancia entre las dos vías por las que se despliega aquello que es irreductible a la forma Estado, esto es, a sus principios de interioridad e identidad. Pero es preciso remarcar que la máquina de guerra, en las diferentes direcciones en las que se despliega, no es otra cosa que un devenir, solo existe en tanto sus metamorfosis hacen surgir flujos y corrientes de innovación (industrial, tecnológica, cultural, etc.) que solo son apropiados por el Estado de manera secundaria y siempre limitada.

Ahora bien, en tanto se trata de una máquina de guerra que se rige de acuerdo a las exigencias de la axiomática y no de la (sobre)codificación, no necesita de un enemigo cualificado sino que se ejerce contra un enemigo indeterminado, “interior o exterior (individuo, grupo, clase, pueblo, acontecimiento, mundo)”, afirman Deleuze y Guattari; y que instauraba una paz cuyo carácter terrorífico no reside en la amenaza de una guerra futura sino en el hecho de apuntalarse en una concepción de la seguridad como “guerra materializada”, es decir, como “inseguridad organizada o catástrofe programada, distribuida, molecularizada” (DELEUZE; GUATTARI, 2002, p. 471).

CONCLUSIÓN

La comprensión de los problemas vinculados con la transformación de los llamados asuntos militares a fines del siglo XX resulta imposible sin aproximarse a las relaciones entre las mutaciones de la guerra y las formas de vida contemporáneas, en esa intersección en la cual la radical irradiación de las tecnologías de la información en todos los campos del hacer social se encontraba con una redefinición no solo del

escenario geopolítico internacional sino del globo terrestre en tanto espacio comunicado, que crece en las dos direcciones que se abren ante la corrosión de los espacios interiores estatales-nacionales: el afuera global o ecuménico y el local o tribal. Allí, la singularidad emerge como fenómenos que se desenvuelven de acuerdo con las formas en que nuevas máquinas de guerra ocupan dichos espacios y a los conflictos que surgen en función de sus formas de captura.

El ensayo de composición aquí realizado entre dos trabajos intelectuales ciertamente disímiles, aunque no completamente heterogéneos, uno orientado a la producción del saber teórico-técnico del complejo científico-militar y a la gestión estatal, y otro a la reflexión crítico-cultural y ético-política, ha constituido un esfuerzo de articulación de elementos que contribuyan con aquello que Deleuze y Guattari llaman una “semiótica perceptiva”. Esta busca generar las herramientas conceptuales para percibir, en este caso una mutación histórica, por el *medio*, es decir, no desde un punto de vista de una unidad suplementaria, sea disciplina académica, campo de conocimiento predefinido, punto de vista exterior, etc. sino en el *entre* que borrona las organizaciones arbóreas del saber.

Del intento de captura de la máquina de guerra emerge, pues, la idea de un espectro amplio de conflictos en el que se funden los polos bélico y social. Junto con ello, la noción de guerra en red transforma en un problema bélico cualquier fenómeno que por su desenvolvimiento de acuerdo con las lógicas del enjambre se constituye en una amenaza para las estratificaciones estatales. O, más bien, es la forma en la que la guerra permite codificar los desenvolvimientos multitudinarios y en que se estría el espacio como fracturado en instancias enfrentadas, por más imprecisa que sea una de ellas. El enemigo indeterminado y la amenaza difusa y perenne son las formas en las que la inseguridad se instala en todos los rincones del espacio social y el paradigma de la seguridad apunta a una guerra permanente.

Pero, es importante recalcarlo, la cuestión va más allá de lo estrictamente bélico.

“Una organización comercial también es una banda de pillaje o piratería, en una parte

de su trayectoria y en muchas de sus actividades”, afirman Deleuze y Guattari (DELEUZE; GUATTARI, 2002, p. 367), lo cual puede afirmarse de cualquier tipo de organización, sea partido político, medio de comunicación, red social, consultora o agencia dedicada a las más variadas temáticas, si es que la distinción entre política, industria cultural, mercado, etc. sigue teniendo sentido. Así como las nociones de nooesfera y noopolítica constituyen casos ejemplares de construcción conceptual destinada a la captura del nuevo escenario global en tanto espacio liso, la de combate en enjambres resulta central para comprender los modos en los que se desenvuelven los fenómenos multitudinarios en el espacio comunicado informáticamente, ya sea que ese combate incluya enfrentamientos físicos o, en los términos de Arquilla y Ronfeldt, solamente ideacionales. Propaganda, guerra psicológica, marketing (comercial o político), comunicación estratégica, periodismo, constituyen términos cuyas referencias tienden a indistinguirse cuando la máquina de guerra mundial comanda la axiomática del capitalismo contemporáneo.

BIBLIOGRAFÍA

ABELLA, Alex. (2008). **Soldiers of Reason**. The RAND Corporation and The Rise of the American Empire. Boston: Mariner Books, 2008.

AGAMBEN, Giorgio. “Qué es lo contemporáneo”. En **Desnudez**. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2011.

ARQUILLA, John y RONFELDT, David. **Cyberwar Is Coming!** RAND, 1993.

ARQUILLA, John y RONFELDT, David. **The Advent of Netwar**. RAND, 1996.

ARQUILLA, John y RONFELDT, David. “The promise of noopolitics”. **First Monday**, 12, 8, 2007.

ARQUILLA, John y RONFELDT, David. **The Emergence of Noopolitik: Toward an American Information Strategy**. RAND, 1999.

ARQUILLA, John y RONFELDT, David (eds.). **Networks and Netwars**. The Future of Terror, Crime, and Militancy. RAND, 2001.

ARQUILLA, John y Ronfeldt, David. (eds.). **In Athena's Camp**. Preparing for Conflict in the Information Age. RAND, 1997.

BOORMAN, Scott. **The Protracted Game**. A Wei-Chi Interpretation of Maoist Revolutionary Strategy. New York: Oxford University Press, 1969.

BUNKER, Robert. "The Transition to Fourth Epoch War". **Marine Corps Gazette**, Quantico, v. 78, n. 9, p. 20-32, 1994.

BUNKER, Robert. "Generations, Waves, and Epochs. Modes of Warfare and the RPMA". **Airpower Journal**, Montgomery, v. 10, p. 18-28, 1996.

COLLINS, Martin. **Cold War Laboratory: RAND, the Air Force, and the American State, 1945-1950**. Washington: Smithsonian Institution Scholarly Press, 2002.

COOPER, Jeffrey. **Another View of the Revolution in Military Affairs**. Carlisle: Strategic Studies Institute, U.S. Army War College, 1994.

DE LANDA, Manuel. **War in the age of the intelligent machines**. NY: Zone books, 1991.

DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix. **El Anti-Edipo**. Capitalismo y esquizofrenia 1. Barcelona: Paidós, 1985.

DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix. **Mil mesetas**. Capitalismo y esquizofrenia 2. Madrid: Pre-Textos, 2002.

EVANS, Brad y GUILLAUME, Laura (eds.). "Especial Symposium: Deleuze and War". **Theory and event**, v. 13, n. 3, 2010.

WEIZMAN, Eyal. **Hollow Land: Israel's Architecture of Occupation**. New York: Verso Press, 2007.

FOUCAULT, Michel. "Nietzsche, la Genealogía, la Historia". En **Microfísica del poder**. Madrid: La Piqueta, 1992.

HOUNSHELL, David. "The Cold War, RAND, and the Generation of Knowledge, 1946-1962". **Historical Studies in the Physical and Biological Sciences**, Oakland, n. 27, n. 2, p. 237-267, 1998.

JARDINI, David. **Thinking Through the Cold War**. RAND, National Security and Domestic Policy, 1945-1975. Meadow Lands: Jardini/Smashwords, 2013.

JENSEN, Owen. "Information Warfare: Principles of Third Wave War". **Airpower Journal**, Montgomery, v. 8, p. 35-43, 1994.

KREPINEVICH, Andrew. "Cavalry to Computer; the Pattern of Military Revolutions". **The National Interest**, Washington, v. 37, p. 30-42, 1994.

LIBICKI, Martin. **What Is Information Warfare?** Washington: Institute for National Strategic Studies, National Defense University, 1995.

LIND, William et al. "The Changing Face of War: Into the Fourth Generation". **Marine Corps Gazette**, v. 73, n. 10, p. 22-26, 1989.

MCLUHAN, Marshall. **La Galaxia Gutemberg**. Madrid: Aguilar, 1969.

MASSUMI, Brian. **Ontopower: War, Powers, and the State of Perception**, Durham and London: Duke University Press, 2015.

METZ, Steven y KIEVIT, James. **Strategy and the Revolution in Military Affairs: from Theory to Policy**. Carlisle: Strategic Studies Institute, U.S. Army War College, 1995.

MOLANDER, Roger *et al.* **Strategic information warfare: a new face of war**. Santa Monica: RAND, 1996.

MOORE, Lindsey. "The Structure of War: Early Fourth Epoch War Research". *Small Wars & Insurgencies*, v. 13, n. 2, p. 159-170, 2002.

NIETZSCHE, Friedrich. **Consideraciones intempestivas 1**. Madrid: Alianza, 1997.

NIEVAS, Flabián. "De la guerra 'nítida' a la guerra 'difusa'". En NIEVAS, F. (ed.) **Aportes para una sociología de la guerra**. Buenos Aires: Proyecto Editorial, 2006.

RONFELDT, David. **Tribes, Institutions, Markets, Networks: a Framework about Societal Evolution**. RAND, 1996.

SAMAAN, Jean-Loup. **The RAND Corporation (1989-2009): The Reconfiguration of Strategic Studies in the United State**. New York: Palgrave Macmillan, 2012.

SZAFRANSKI, Richard. "A Theory of Information Warfare. Preparing for 2020". **Airpower Journal**, Montgomery, n. 9, p. 56-65, 1995.

TEILHARD DE CARDIN, Pierre. **El fenómeno humano**. Madrid: Taurus, 1957.

WARE, Willis. **RAND and the information evolution: a history in essays and vignettes**. Santa Monica: RAND, 2008.